

## Comunicación

---

Agustín Moreno Molina

Centro de Investigación y Formación Humanística - Ucab

[agmoreno@ucab.edu.ve](mailto:agmoreno@ucab.edu.ve)

### ¿Es la fe enemiga de la ciencia?

**RESUMEN:**

A partir de la pregunta que sirve de título al ensayo, el autor pretende demostrar que no existe contradicción alguna entre la fe y la ciencia, pues se trata de dos modos distintos de conocimiento aplicables a realidades igualmente distintas. La pregunta cobra importancia en la actualidad debido a que el positivismo tecnocientífico le niega toda posibilidad a la formulación de cualquier verdad que no sea susceptible de una comprobación empírica.

**Palabras clave:** Fe, ciencia, conocimiento, verdad, religión, filosofía, moral.

### Is Faith the Enemy of Science?

**ABSTRACT:**

In response to the question posited in the title of this essay, the author intends to show that there is no contradiction whatsoever between Faith and Science since they are different types of knowledge applicable to realities equally different. The question becomes particularly important nowadays due to the fact that techno-scientific positivism denies the possibility of any kind of truth that cannot be empirically proved.

**Key words:** Faith, science, knowledge, truth, religion, philosophy, morality.

## **Introducción**

El desarrollo del conocimiento científico, sobre todo a partir del siglo XIX, fue estableciendo una separación cada vez más profunda entre la religión y la ciencia. Un caso emblemático fue el de Charles Darwin. Su teoría de la evolución rompió definitivamente con la doctrina de la creación directa de los seres vivos por Dios, como se describe en el libro del Génesis y que durante siglos funcionó como explicación conclusiva sobre el origen de la vida. Hoy se sabe que la Biblia no es un libro de ciencia y que el relato de la creación no tiene como objeto responder a la pregunta del "cómo" ocurrieron las cosas un problema que interesa a la ciencia sino, que de una manera poética y bajo la estructura narrativa propia del mito, revelarnos una verdad "religiosa" profunda, a la que no es posible llegar por otros medios: que en último término Dios es el creador de todo. Esa es una verdad de la fe que la ciencia no puede desechar tan fácilmente. De modo que la visión de la ciencia y de la fe sobre la misma realidad no resultan contradictorias si las dos se atienen a sus límites metodológicos, en la búsqueda de la verdad. No es objeto de la fe, por ejemplo el estudio de los fenómenos naturales, de los procesos históricos o culturales de la humanidad, o de los intrincados mecanismo del la mente, de eso se encargan las ciencias, sean naturales o humanas; en cambio la fe busca explicaciones de lo trascendente, de lo absoluto, de la religión y en último término, de la cuestión de Dios, temas que al igual que los otros demandan el análisis riguroso.

De la valoración de ambas visiones y de los límites de cada una trata el presente ensayo. Pensamos que éste es un tema importante en la formación universitaria porque corremos el riesgo, acaso por una pretendida objetividad científica, ofrecer una formación "unidimensional" carente de referentes o de horizontes que trasciendan la realidad que percibimos por los sentidos, dejando al un lado, olvidando, o en el peor de los casos menospreciando, la riqueza de la filosofía, de la ética y de la religión.

## **Encuentro entre fe y ciencia**

En el evangelio de Juan "creer" y "conocer" son la misma realidad; y en toda en la literatura sapiencial del Antiguo Testamento (esa que trata los temas filosóficos como el sentido de la vida y la libertad), la capacidad reflexiva compagina con las convicciones de

fe y el conocimiento de las realidades mundanas no entran en conflicto con el culto a Yahvé<sup>1</sup>. Con la aparición del cristianismo, sus primeros teólogos antes fueron filósofos. Justino (siglo II) entendía la fe como auténtico conocimiento. Clemente de Alejandría (150-215) llamaba al Evangelio la verdadera filosofía; y Orígenes (185-253) respondió a los virulentos ataques del escritor romano Celso (siglo II) contra la religión cristiana con argumentos filosóficos. El lema de San Agustín (354-430) de "creo para comprender" fue repetido insistentemente con el ánimo de privilegiar la razón sobre la fe ciega. En esas coordenadas se mueve, por ejemplo la universidad medieval. Maestros y estudiantes dirigían el esfuerzo no tanto en la búsqueda de saberes nuevos sino en la comprensión de los ya existentes de la filosofía y la teología. Fue precisamente tarea de los teólogos mostrar el vínculo entre la razón y la religión como expresión visible de la fe; y de formular la proximidad e incluso la relación íntima entre fe y razón. Anselmo dirá que la teología es la "fe entendida por la razón", pues no corresponde a ésta expresar juicios sobre la fe sino más bien encontrarle sentido.

Tomás de Aquino (1225-1272), acaso el más insigne filósofo y teólogo cristiano, autor de la monumental *Summa theologiae* (Suma de teología), fue más allá de sus predecesores ocupados en dotar a la teología de fundamento y justificación racional. Para él la fe supone y perfecciona la razón. Iluminada por la fe, la razón es liberada de la fragilidad de los límites de la condición humana hasta elevarse al conocimiento del misterio de Dios<sup>2</sup>. La fe, por lo tanto, no busca explicaciones a los fenómenos naturales sino respuestas a las preguntas esenciales del ser humana. Curiosamente, gracias a esa capacidad de raciocinio quedó superado el carácter elitista que en la antigüedad tenía la búsqueda de la verdad, ocupación sólo del selecto grupo de los filósofos, y le fue posible al hombre común emerger de la oscuridad de los mitos para encontrar respuestas más convincentes sobre la realidad de la naturaleza y de Dios.

Sin embargo el mundo fue cambiando, las ciencias tradicionales como la filosofía y la teología que basaban sus verdades en el principio de la autoridad de los grandes escritores o en la revelación de Dios contenida en la Biblia no sirvió más para responder a los nuevos retos de la humanidad. ¿De qué servía, por ejemplo,

1 Gerhard Von Rad: *Sabiduría en Israel*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1985, p. 83.

2 Juan Pablo II : *Fides et Ratio*, p. 39.

el saber teológico ante la necesidad de acondicionar o transformar las naves para viajes más largos y peligrosos luego de los descubrimientos geográficos? Había que echar mano a la física y al uso de nuevos materiales, y a la astronomía para no perderse en el océano, por decir lo menos. De modo que la controversia irrumpió cuando el método deductivo propio de la fe, en el que se parte de una verdad universal para llegar a verdades particulares, no pudo responder a los interrogantes sobre los fenómenos naturales, de los que van a emerger las nuevas ciencias, regidas éstas por la observación y la experimentación, cuyas bases pusieron primero Rogelio Bacon (1214-1294) y luego Francis Bacon (1561-1626).

Al inicio, esa nueva manera de comprender el mundo no chocó con la fe. Por un lado estaban los que defendían la separación entre fe y ciencia y postulaban la metáfora de los dos libros, el de la Escritura y el de la naturaleza, ambos procedentes de Dios aunque diferentes. Por el otro, los que pregonaban una síntesis cristiana y orgánica de la ciencia y de la religión para sustituir la antigua visión medieval donde el saber teológico tenía la última palabra. En el primer grupo, Martín Lutero (1483-1545), y especialmente Enmanuel Kant (1724-1804), aunque Guillermo de Occam (m. 1348) lo había planteado antes, piensan que la existencia de Dios no puede determinarse ni conocerse debidamente mediante la razón humana, cuyo único objeto de ésta última es reflexionar acerca del mundo. La cuestión de Dios es de "fe", de "creencias" o, en último caso, de opción o decisión personal. Desde luego que con la mirada de la fe, podemos percibir huellas en el mundo tangible que nos permiten conocer algunos rasgos de Dios, pero jamás al misterio interno de Dios.

En el segundo grupo se encuentran Isaac Newton (1642-1727) y Gottfried Leibniz (1646-1716). El primero fue un hombre profundamente religioso y esto lo llevó a escribir una serie de tratados teológicos. No pensaba que la ciencia fuese totalmente ajena a la religión y estaba convencido de que el orden cósmico proporcionaba una evidencia fáctica de la existencia de Dios, coincidiendo en eso con la tradición filosófica cristiana. Creía además que Dios no se limitaba a conservar su "creación", en el sentido general de la palabra, sino que continuaba interviniendo para que la máquina siguiera funcionando<sup>3</sup>. Leibniz, uno de los pensadores más polifacéticos de su tiempo, aunque tuvo una vida intelectual bastante dispersa por

---

3 Evangelista Vilanova: *Historia de la teología cristiana*, tomo III, Editorial Herder, Barcelona 1992, pp. 156-157.

la cantidad de asuntos que le interesaron (matemáticas, jurisprudencia, filosofía) se apoyó siempre en un sistema perfectamente homogéneo. La matemática tenía que extenderse o aplicarse a la filosofía, a la moral y a la teología, de ahí que su ambición fuera dar razón a todo cuanto existe. Estaba consciente, sin embargo, de que la necesidad lógica no era suficiente para determinar una existencia, aunque ninguna existencia fuera independiente de la necesidad lógica. Dios, entonces, escoge necesariamente el mejor de los mundos posibles. Dios, en definitiva, es el armonizador universal, y aunque sus designios sean inescrutables para el hombre, en modo alguno pueden éstos ser contradictorios entre sí.

### La ruptura de ambas

Con la "modernidad", entendiendo por ésta al período que va más o menos desde el siglo XVIII hasta nuestros días, aunque los grandes temas siguen siendo los mismos, han cambiado los modos de abordarlos, sin negar, por otra parte la aparición de nuevos retos con sus propios interrogantes. Las ciencias naturales reivindicaron totalmente su autonomía, y desafiaron la pesada tradición del principio de autoridad fundado en la religión. El racionalismo y su hijo más conspicuo, el positivismo, aceptó sólo como verdadero aquello que es comprobable o verificable mediante la experimentación. Se intentó aclarar, no lo olvidemos, los misterios de la religión desdibujando los contenidos sobrenaturales de ésta con el objeto de encontrar explicaciones adecuadas a la razón positiva. Un caso llamativo aunque tardío, fue la *Historia de Jesús* escrita por Joseph Ernest Renán (1823-1892). Esta obra era una curiosa amalgama de positivismo y religiosidad, cuya explicación de los milagros de Jesús se acomoda a la tesis que pretende sustentar: que el deber, la devoción y la moral, cosas de las que la historia está llena, son inexplicables sin Dios. La fe no tiene más contenido sino el de apuntalar la moral (por eso mencionamos antes la palabra "tardío", pues esa convicción era moneda corriente desde el tiempo de los enciclopedistas franceses.

Hoy en día en muchos ambientes intelectuales predomina esa visión reducida de la razón humana, que tiende a limitar su capacidad de mirar sobre la realidad, a reducir su capacidad de visión. Valga como ejemplo la siguiente historia: el director general de una compañía tenía una entrada para asistir a un concierto donde se interpretaba la *Sinfonía N° 8 Incompleta* de Schubert. Como no po-

día ir, le regaló la entrada al jefe de personal. Al día siguiente le preguntó si le había gustado el concierto y el jefe de personal le respondió: "a mediodía tendrá en su mesa el informe." Cuando lo recibió el director leyó con sorpresa los cinco puntos de que constaba: 1° Durante considerables períodos de tiempo, los cuatro oboes no tienen nada que hacer, se debería reducir su número y distribuir su trabajo en el resto de la orquesta, eliminando picos de actividad; 2° los doce violines estuvieron tocando la misma nota por lo que la plantilla de violinistas debería reducirse drásticamente; 3° no sirve para nada que los metales repitan sonidos que ya han sido interpretados por las cuerdas; 4° si estos pasajes redundantes fueran eliminados del concierto podría reducirse a la cuarta parte; 5° "si Schubert hubiera tenido en cuenta estas indicaciones hubiera acabado su sinfonía."<sup>4</sup> Definitivamente ese directivo no llegó a conocer de verdad lo que la realidad de la música le ofrecía. El concierto es mucho más que los datos observados por el administrador. Delante de una obra de arte no es precisamente la racionalidad científica la que prevalece, ni la que descubre el mensaje que el autor desea transmitir. Ese "conocimiento" es incompleto e imperfecto porque no llega al fondo, a la esencia del concierto ¿Cuál e será entonces el camino para apreciar la belleza del concierto? La música no es una cosa que podemos tocar, medir o pesar con el andamiaje intelectual que se utiliza para analizar cualquier objeto o fenómeno físico. En la música se establece una relación entre quien escucha y la pieza musical; relación cargada de significados, sensaciones, emociones, que dejan huella en el espectador. Un mecanismo similar ocurre cuando leemos, por ejemplo, una novela o contemplamos una pintura. El objeto está allí, de un modo dialogal, y me está transmitiendo un mensaje, que de una u otra forma influye en mí, y que el autor de la obra ha querido expresar a través de ella. Es un modo de conocimiento, pero no en sentido científico, en el que la realidad se impone sin que pueda modificarla; sino en el que yo soy capaz de modificar esa realidad, y ésta puede modificarme a mí. En esa misma línea va el conocimiento que podemos obtener mediante la fe.

---

<sup>4</sup> Tomado de: Pigi Colognesi: "Recobrar la amplitud de la razón", en *Huella*, año X, N° 9, octubre 2006, p. 19.

## ¿Pueden las ciencias responder a todos los problemas e interrogantes humanos?

¿Qué es el ser humano? ¿Cuál es el sentido y la finalidad de la vida? ¿Qué es el bien? ¿Cuál es el origen y la finalidad del dolor? ¿Qué es la felicidad y cuál es el camino para alcanzarla? Estos interrogantes expresan algunos de los grandes problemas del ser humano ligados a la religión y abordados por la filosofía. Pensar que la racionalidad científica es el único camino hacia la verdad del ser humano es como ir a tientas buscando la aguja no el pajar sino en un cuarto oscuro. La visión científicista; es decir, la que exagera y privilegia el poder de la misma ciencia, es utilitaria pues responde al criterio de la eficacia. En el campo de la medicina tiene sentido que ésta encuentre la cura para el dolor; y allí la utilidad es medible en términos de eficacia, pero si es "moral". ¿Cómo hace la medicina para curarlo? ¿Con alguna pastilla? Evidentemente ese pudiera ser un recurso provisional pero no suficiente. Ninguna época ha sabido conquistar tantos y tan variados conocimientos sobre el hombre como la nuestra. Sin embargo ninguna época ha conocido al hombre tan poco como la nuestra. En ninguna ha resultado el hombre tan problemático como en ésta, sentenció Martin Heidegger.<sup>5</sup> Las explicaciones científicas sobre la pobreza en el mundo, sobre la violencia y la intolerancia en sus distintas manifestaciones, aunque plausibles, se limitan a los datos empíricos, pero ¿todo es susceptible de ser demostrado empíricamente? No estamos tan seguros. Los mecanismos valorativos de las personas, sus intereses inconfesables y sus motivaciones internas no es que sea imposible cuantificarlas, pero ¿Cuánto de certeza se obtiene? De hecho, la existencia humana es un misterio que no puede ser plenamente explicado, o mejor, sus explicaciones no son lo suficientemente convincentes, y sus preguntas plenamente respondidas. De no ser así, la filosofía habría muerto ya.

### La fe como un modo de conocer

Cuando hablamos de "fe" inmediatamente pensamos en la fe religiosa (la del creyente) o en la religión, pero hay una noción más general o amplia de la que presentan las religiones. "Creo que esta tarde no lloverá". La expresión indica que tenemos motivos para pensar así, aunque no estamos suficientemente seguros y no tene-

5 Citado por Felisa Elizondo: "Antropología", en Casiano Floristan y Juan -José Tamayo (eds.): *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Editorial Trotta, Madrid 1992, p. 42.

mos la posibilidad de comprobarlo. Sin embargo la incertidumbre implícita en la afirmación no excluye algún grado de certeza. Es un modo de saber limitado por la ausencia de comprobación. Cuando una persona responde a otra "te creo", lo que en realidad quiere decir es: "tú no puedes probarme suficientemente tu sinceridad pero tengo suficientes indicios de que lo que me está diciendo es verdad". En los dos casos la "fe" es un acto personal de confianza que establece una concordancia entre la razón y la voluntad. Según la razón, el sentido de la afirmación concuerda con la experiencia; y el acto de creer es una decisión voluntaria donde no cabe la certidumbre de la prueba tangible. En esos casos, el objeto de la fe no es una cosa. No creemos en cosas, ellas están allí y los sentidos simplemente las registran y constatan. La fe es en esencia un acto entre personas, y sobre realidades de las personas, que no pueden ser sometidas al análisis científico como el que es posible aplicar a un objeto o fenómeno natural. El amor, por ejemplo en grandísima medida responde a una dinámica de confianza y fe, que no de certeza positiva de la razón científica. ¿Cómo sería la vida si tuviéramos que constatar cada información que recibimos? ¿Si la novia antes de dar el sí se encontrara en la imperiosa necesidad de comprobar todo lo que ha dicho su amado? En el campo de la existencia humana no todo puede ser sometido a la demostración fáctica. Sin la fe, entonces, es prácticamente imposible la vida en común. Creer es un modo de acceso, de comunicación y de conocimiento entre las personas. Esto es válido hasta el punto de que sin la fe la realidad y el "misterio" de la persona permanecerían cerrados en lo más recóndito de la intimidad. Así como no es posible abrir desde fuera sin violentar la puerta clausurada desde dentro, el sujeto no puede ser conocido en su autenticidad, en su yo íntimo, por el hecho de que se disponga sobre él, o de que se le analice con los recursos de la ciencia, sin que éste voluntariamente lo permita. Se obtendría, es verdad, por medios científicos un conocimiento de la persona, pero en cualquier caso será superficial y secundario. El de la fe, en cambio, aunque aproximativo, es un conocimiento plenamente fundado. Se basa en un acto de confianza y de entrega a la persona que abre la puerta de su propia vida y se comunica a sí misma y hace partícipe al otro de su mundo interior. La convivencia humana, y por tanto la sociedad y la cultura en su continuo desarrollo, depende de ese modo de conocer.

Con la fe religiosa ocurre igual. Es primaria y originalmente un acto personal, un encuentro entre el yo humano y el tu divino. También se aplica la frase "te creo" pues la experiencia de Dios

se halla claramente orientada al conocimiento, o mejor al acercamiento a un misterio al que no es posible llegar exclusivamente de modo racional-experimental, pero al que acepto sin exigirle comprobación alguna. De hecho, la existencia humana es un misterio que no puede ser plenamente explicado, y, en consecuencia, se fundamenta en una búsqueda religiosa. Creer en la revelación de Dios (en su mensaje) significa aceptar que Dios mismo nos da a conocer la dimensión de profundidad religiosa del propio ser humano. Equivale a decir que creemos lo que dice de nosotros y lo que debemos ser. En otras palabras, mediante la fe descubrimos lo que Dios significa para nosotros, es decir, unos "contenidos", llámense dogmas o verdades fuera de toda duda; pero al mismo tiempo el modo de realizar un ideal de vida en la práctica cotidiana. Ahora bien, ¿Dónde se encuentra todo eso que debo creer? En la misma revelación divina, en los textos sagrados de las religiones y en la forma como la comunidad de creyentes ha interpretado dicha revelación. Si creemos que Dios es nuestro padre y el creador de todo ¿Cómo llegamos a esa convicción? Pues porque lo aceptamos por la fe en lo que él ha dicho de sí mismo a través de su revelación en las Escrituras, y porque la comunidad de creyentes así lo interpretó y así lo ha vivido desde antiguo.

Este planteamiento nos invita a considerar el acto de fe como algo muy simple. Es aceptación voluntaria. Una mirada a la actitud del creyente así lo corrobora. No se "enrolla" para decirlo en términos coloquiales. Por un lado está adherido (apegado) a una verdad que viene de Dios y que ha propuesto en términos humanos, es decir, comprensibles; y vive o intenta vivir con arreglo a esa verdad, cumpliendo la voluntad divina.

Las ciencias naturales funcionan de otro modo. Por una parte carecen del sentido de la totalidad, cada una con su propio objeto, así el de la química, será distinto al de la física y el de las matemáticas al de la geografía, por ejemplo. Son ciencias del dato, del hecho, de lo fáctico, de lo concreto, traducido en leyes mediante una metodología y una formulación conceptual apropiada. Por eso están limitadas al campo de la verificación y de la verificabilidad, es decir, de la posibilidad de que el dato sea demostrado si es verdad o si es erróneo. Eso en gran medida limita su concepto de verdad total al de verdad a medias, o por partes, y en la medida que va avanzando la investigación en esa medida la ciencia va conquistando más terreno de la verdad. Pongamos por caso el de la medicina. Su saber es provisional, aunque progresivo, y si no ha llegado

a la cura del cáncer, es plausible que en el futuro, gracias al esfuerzo de la investigación se llegue a obtener la cura contra el mal. Eso significa que la ciencia progresa, es decir, no sólo extiende su saber, sino que verifica y corrige sus errores para llegar a ciertas verdades, que a su vez las somete a nuevas hipótesis y a nuevas verificaciones, pero sólo en aquello que puede ser verificado.

La fe no es verificable; está íntimamente unida a la vida humana, operando en su misma profundidad, y descubriendo verdades allí donde de otro modo no es posible llegar, desde el "tú no eres el que yo creo conocer y yo no soy el que creo ser" hasta el "tu eres el que yo conozco porque creo en ti y yo soy el que creo ser porque tu crees en mí".